

## El poder de la imaginación razonada

(Desde Julio Verne, la mayor parte de los inventos y novedades sociales han sido anticipados en algún momento por los autores de ciencia ficción)

Julián Díez

Los escritores y cineastas relacionados con la ciencia ficción se intentan desmarcar de la idea de que se proponen hacer profecías. Sin embargo, con frecuencia se presume de los numerosos aciertos acumulados. Por ejemplo, estos días se celebra el centenario de la muerte de Julio Verne, y a la hora de glosar el trabajo del escritor francés, sus éxitos al anticipar descubrimientos encabezan cualquier panegírico. Y entre sus sucesores tampoco han faltado éxitos similares.

En rigor, la ciencia ficción más seria, el género que tiene a Verne por ilustre precursor, no se plantea en modo alguno averiguar lo que va a pasar, sino que especula sobre lo que podría pasar a partir de nuestro presente. Es, por tanto, un



Robert A. Heinlein

análisis de nuestros miedos, nuestras inquietudes, y las posibles consecuencias de la realidad que vivimos. *“El principal tema de la ciencia ficción es preguntarse ¿qué pasará si esto sigue así?, colocando cualquier hecho que nos rodea en lugar del esto”*, afirmó Robert A. Heinlein, uno de los clásicos de la literatura de cf estadounidense. Y un escritor que, en los años cuarenta y cincuenta, anticipó las camas de agua, los teléfonos móviles o la retransmisión televisiva de la llegada a la Luna.

En verdad, la imaginación, cuando es razonada e informada, se adelanta fácilmente a la realidad. O, como dijo Julio Verne con su característico optimismo, *“lo que un hombre puede imaginar, otro puede llegar a hacerlo real”*. Rodolfo Martínez, uno de los más destacados escritores del género en España y reciente ganador del premio Minotauro, nos explica cómo trabajaba el escritor francés: *“Todos los elementos tecnológicos que aparecen en las novelas de Verne ya existían en su época (si bien no desarrollados a los extremos que él los llevó: el submarino, por ejemplo) o eran discutidos abierta y ampliamente por la comunidad científica de*

entonces". Así, Verne popularizó novedades como el helicóptero —en *Robur el Conquistador*— o el buceo —*20.000 leguas de viaje submarino*—.

Por otra parte, Verne también sorprende por algunos aciertos menos explicables. Por ejemplo, situó el disparo de su bala de cañón a la Luna en un lugar situado a 14 kilómetros de Cabo Cañaveral, en Florida. Y en la novela *Los 500 millones de la Begún* presentó a un alemán obsesionado por la conquista del mundo para imponer la supremacía de la raza aria. En ocasiones, las visiones de Verne fueron incluso demasiado osadas para su época: su novela *París en el año 3.000*, de 1863, fue rechazada por resultar demasiado atrevida. Presenta una red mundial de comunicaciones a través de la cual es posible enviar imágenes, televisión con aplausos enlatados y maravillas similares.

Tal vez a consecuencia del fracaso con este libro, Verne fue menos osado el resto de su carrera. Y cuando poco antes de su muerte se produjo la eclosión popular de la obra de H.G. Wells, Verne desechó la importancia de su rival con una frase contundente: "*¡Él inventa!*". Sin embargo, los "inventos" poco realistas de Wells incluyeron la manipulación genética —en *La isla del doctor Moreau*—, los tanques —en el relato "*Los acorazados terrestres*"— o la bomba atómica —en el cuento "*The World Set Free*", de 1914—.

Al igual que Verne y Wells, muchos escritores después han acertado con invenciones por el sencillo método de estar al corriente de las publicaciones científicas y añadir un poco de imaginación. El caso más notorio es el de Cleve Cartmill, un oscuro escritor pulp que en 1943 fue interrogado por la CIA por su relato "Deadline". En él, se anticipaba la construcción de una bomba atómica, entonces en desarrollo en el Proyecto Manhattan. Cartmill fue puesto en libertad cuando demostró que toda la información empleada estaba disponible en revistas de ciencia popular al alcance de cualquiera.



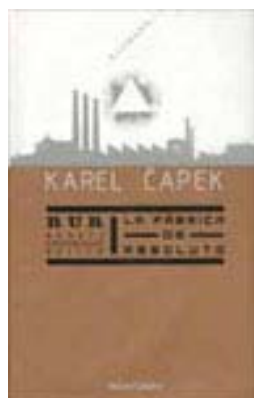
Julio Verne

Curiosamente, los estudiosos geopolíticos de la época no conseguían un nivel de acierto similar al de Verne y Wells. El estudioso más influyente de la ciencia ficción en la actualidad, el inglés John Clute, enumera una serie de razones para ello: la multidisciplinaridad en la formación de los creadores, el hecho de no necesitar dar detalles con propósitos narrativos, o la posibilidad de concebir hechos

inesperados como un elemento dramático, mientras que los “futurólogos” políticos y tecnológicos se atienen siempre a predicciones contrastables. “Lo inesperado suele ocurrir, y es el motor de los grandes cambios de la historia”, recuerda Clute.

Como consecuencia de ello, escritores influyentes de ciencia ficción forman parte hoy de comités creativos en el seno de las grandes empresas de tecnologías. Uno de ellos, Bruce Sterling, explica su experiencia en esos “brainstormings”: “Los escritores nos fijamos más en lo pequeño, en las reacciones de la gente normal. Y somos más valientes a la hora de lanzar ideas”. Sterling, entre otras cosas, escribió a principios de los noventa un relato, “We See Things Differently”, en el que Estados Unidos sucumbía a la paranoia por los continuos atentados terroristas suicidas por parte de fundamentalistas islámicos.

Otro elemento importante está en el hecho de que la ciencia ficción influye en el estamento científico —donde tiene muchos lectores— y en la opinión pública general. El mejor ejemplo está en los temas relacionados con la ingeniería genética. La clonación, por ejemplo, era un tema corriente en la literatura de ciencia ficción desde los cincuenta, y saltó al cine en los setenta con la adaptación de *Los niños del Brasil*, de Ira Levin. La actual preocupación de la opinión pública por esos temas procede, en parte, de esa película en la que se intentaba conseguir un clon de Hitler. En cuanto a otras prácticas relacionadas con la eugenesia, no cabe duda de que se las teme bajo la influencia de *Un mundo feliz*, la novela de 1932 de Aldous Huxley.



También hay otros inventos concretos que reciben su nombre por las imaginaciones previas de la cf. El ejemplo más conocido es el del término “robot”, que quiere decir “obrero” en checo. Un traductor dejó la palabra tal cual en la primera versión de la obra teatral de Karel Capek *RUR* (1923), y los obreros mecánicos quedaron bautizados para siempre.

Obviamente, el campo de la informática es el que ha sumado más anticipaciones, gracias además a la propia expansión de la ciencia ficción en las últimas décadas. Las ideas de ciberespacio y realidad virtual, a las que dio forma de manera popular William Gibson en la novela *Neuromante* (1984), son el ejemplo más claro. Pero conviene reseñar que máquinas muy similares a los ordenadores personales están presentes, por ejemplo, en el relato de Murray Leinster —de

1946— *“Un lógico llamado Joe”*. Los “lógicos” están conectados a redes mundiales, en las que es posible encontrar toda la información imaginable, incluyendo cómo atracar bancos o confeccionar bombas. A Leinster casi sólo le faltó la pornografía...

Un listado de otras predicciones acertadas resultaría abrumador, y cabría citar los satélites artificiales —en una obra de 1869 de Edward Everett Hale—, el canal de Suez —en una novela francesa de 1771— o la fatiga del metal —en una novela de 1948 escrita por un ingeniero, Nevil Shutte—. Sin embargo, resultan más curiosas las anticipaciones sobre hechos sociopolíticos. Por ejemplo, el ya citado Robert A. Heinlein hacía que los protagonistas de su novela *Forastero en tierra extraña* (1961) influyeran sobre el hombre más poderoso del mundo a través de un astrólogo que aconsejaba a su esposa; algo que luego ocurriría con Nancy Reagan. Isaac Asimov, por su parte, relataba en su historia *“Opinión pública”* (1944) cómo la exploración espacial quedaba detenida por el desinterés de la población. Y en su novela de 1898 *Futility*, Morgan Robertson concebía el barco más grande de todos los tiempos, presuntamente insumergible, y lo hundía chocando con un iceberg... quince años antes del *Titanic*.

No sería justo terminar sin señalar un hecho obvio: por cada predicción acertada de la ciencia ficción, pueden citarse un millar de errores. Como señala Rodolfo Martínez, *“estamos en 2005 y no tenemos una bases permanente en la Luna o en Marte, ni nos desplazamos al trabajo en helicópteros unipersonales. Mientras, nuestra vida está rodeada de minúsculos cachivaches tecnológicos sin los que no concebimos el día y a día, mucho no previstos por la ciencia ficción”*. Pero la ciencia ficción no depende de sus capacidades proféticas, sino de la creciente calidad de algunas obras. Hoy, Philip K. Dick, J. G. Ballard o Ray Bradbury comienzan a ser estudiados como grandes creadores del siglo XX, aunque hayan pasado inadvertidos a muchos lectores por desarrollar su carrera en un género considerado menor.

## TEXTOS LATERALES

### LAS PREDICCIONES ACTUALES

Un repaso de los temas que tratan las novelas de ciencia ficción recientes puede servir para adelantar cuáles serán las próximas profecías cumplidas del género. Por ejemplo, es un lugar común el empleo de la nanotecnología: es decir, la

creación de máquinas de tamaño microscópico, pequeños robots inteligentes, que tendrían enormes aplicaciones en campos como el de la salud o la informática. De hecho, el escritor y científico Vernor Vinge considera que las aplicaciones nanotecnológicas, como los ordenadores cuánticos, podrían contribuir a una “singularidad tecnológica”, un salto hacia delante de la tecnología sin parangón desde la revolución industrial. La realidad virtual, los traductores instantáneos o los lectores de libros electrónicos con delgadas pantallas que simulan a la perfección el papel son otros inventos actualmente en desarrollo, que muy pronto pueden ser realidad.